

L A O R L A

Cuando mi abuelo hacía versos
y contaba las sílabas —y a veces se perdía—
los escribía, luego, en papeles con orlas
y se los regalaba a sus hermanas.

Deshace el mundo la carnal cuaderna
que apunta paso a paso los caminos,
quedan señales,
versos,
quedan abuelos idos,
recuerdos de sus manos sobre las piernas suaves
que tuvimos —teníamos
entonces pocos años—
y un tintineo dulce de monedas de plata.

Queda su gesto, mas su voz no queda,
especie de recuerdo de cómo fué su porte,
pero dudamos si sus ojos eran
infantiles o claros
o de vieja prosapia.

Quedan sus versos en papel con orlas,
con una flor pegada en una esquina,
con tinta sepia,
huelen a membrillos
de armarios viejos, a madera antigua.

Se recuerdan las cartas del abuelo,
vasos de leche grandes que rebosan,
confiterías cuyos dependientes
ya no conocen al que nieto iba.
Hablan los padres, cuentan sucedidos,
palabras, escrituras se manejan
y un recuerdo, de paso, se emociona.

La orla de versos, entre nuestras manos,
sobre la mesa cae, tan amarilla.
La flor no huele, como si el aroma
se emancipase con el muerto abuelo
que escribía un soneto a sus hermanas.